

ESTACIÓN
CENTRAL BIS
ANTOLOGÍA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 23

ESTACIÓN CENTRAL BIS

ANTOLOGÍA



MANTARRAYA EDICIONES

Centro Histórico



de la Ciudad de México
Fideicomiso

*F*ICTICIA

MÉXICO

2009

La realización de este libro contó con el respaldo del Gobierno del Distrito Federal a través del Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México, y de la Hostería La Bota a través de Mantarraya Ediciones y su Editor General, Antonio Calera-Grobet

ESTACIÓN CENTRAL BIS

D.R. © Los autores

D.R. © Ficticia S. de R.L de C.V.

FICTICIA EDITORIAL:

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Foto de portada y cuidado de la obra: Mónica Villa

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220.

Col. Lomas de Chapultepec.

11000. México, D.F.

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en todo, ni en parte, por ningún medio, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Edición: noviembre de 2008

ISBN: 978-607-7693-14-7

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Estación Central bis es la continuación —valga la cacofonía— de *Estación Central*, libro publicado en 2008 en el que se indica que “El Centro Histórico de la Ciudad de México es uno de los sitios más fascinantes del planeta” y se dan las razones. Con esa misma visión, ahora presentamos este volumen en el que también se combinan escritores que, con una trayectoria reconocida, ofrecen cobijo a cuentistas jóvenes con un futuro promisorio en nuestra República Literaria.

En aquella ocasión como en ésta, la panorámica se hizo de manera antológica —tal es el caso de los relatos de Mónica Lavín y Valentín Chantaca González—, por invitación —a José Luis Velarde, Gustavo Marcovich, Manuel Lino, Alfredo Ríos Granados, Carlos Martín Briceño, Doris Camarena y Herminio Martínez—, por concurso abierto —ganado por Roberto Carrancá, Eduardo Parra Ramírez y José Luis Sandín— y por solicitud verbal de los coeditores a sí mismos: Marcial Fernández le pidió un cuento a Antonio Calera-Grobet y viceversa.

Si en *Estación Central* convocamos a trece autores que fincan su residencia en la capital, ahora buscamos que las voces fueran, en una medida armónica, del interior de la República, del exterior del país y de la propia Ciudad de México. Y el resultado es una obra que mira al Centro Histórico con visiones no tanto convergentes o divergentes, sino pobladas de matices, imágenes y conceptos que forman un

crisol tan rico como los tesoros que se imaginaban los conquistadores y la fortuna con la que vivían los mexicanos.

Mónica Lavín en “Una buena impresión” habla de la diversidad de sensaciones que se pueden descubrir en la plaza de Santo Domingo; José Luis Velarde, en “La ciudad interminable”, retrata de manera fantástica los ambientes del centro en la década de los setenta, atmósferas no muy distintas a las actuales; “Olor a caldo”, de Gustavo Marcovich, es un cuento nostálgico a la vez que una crítica divertida a las nuevas intolerancias; “Somos el mismo”, de Manuel Lino, inicia con la certeza del movimiento y termina con el principio de la incertidumbre, mientras que Fernando Ríos Granados, con “Bajo el signo de la muerte”, le cuenta a un hijo de Hernán Cortés parte de la historia de la conquista y cómo, a la postre, los antiguos dioses resucitan de entre las ruinas...

En “El final de la novela”, Eduardo Parra Ramírez estructura una paradoja amorosa que se mueve en diferentes escenarios y épocas; Carlos Martín Briceño recrea la muerte de Guty Cárdenas en “Salón Bach”; Doris Camarena revela los misterios de “Las sombras de Catedral”; Valentín Chantaca González abre su “Zoológico infrarrojo: dos historias de pollos”; Herminio Martínez le da vida a la escultura mayor de José Luis Cuevas en “La noche de la Giganta”; Roberto Carrancá, con “El organillero”, escribe un cuento de tintes criminales en el que un organillo es capaz de adelantar o retroceder el tiempo, en tanto que José Luis Sandín trama una especie de instalación —arte contemporáneo la podrían llamar algunos— en la que se entretejen diferentes voces que ironizan sobre el estereotipo de lo mexicano.

Por último, los editores que también cuentistas, o cuentistas a la vez que editores, publican otros dos cuentos: “Co-

reos Mayor”, de Antonio Calera-Grobet, es la historia de una vieja familia del centro que, al verse desheredada, cuando su renovada bonanza se lo permite, va en busca de eso que, a la distancia, se convierte en el paraíso perdido, y el volumen se cierra con “La bella del Siglo xx”, de Marcial Fernández, un relato casi tan real como las ficciones que se viven a diario en el Centro Histórico.

Estación Central bis es un esfuerzo compartido entre los autores, el Fideicomiso del Centro Histórico, la Hostería La Bota y Ficticia Editorial para honrar ese espacio mágico que nació hace más de siete siglos cuando sus primeros pobladores lo denominaron “El ombligo de la Luna”.

Los Editores

UNA BUENA IMPRESIÓN*

Mónica Lavín**

—¿Quiere una impresión?

Cruzaba la plaza de Santo Domingo flanqueada por los portales donde se alineaban las prensas de fierro negro una tras otra; apenas separadas por un pasillo estrecho mostraban los tableros con invitaciones, tarjetas personales, bolos, un sinnúmero de ejemplos en los que la ilustración, tamaño y tipo de letra retaban al capricho del cliente. No conocía esa parte de la ciudad e ignoraba la mecánica de las transacciones, así que, sujetando el texto por imprimir entre mis manos, decidí ponerme a merced del hombre de tan directo abordaje. Eché un vistazo a la fila de impresoras para cerciorarme de que mi decisión era la correcta, al fin y al cabo me ahorrraba la incertidumbre. No sabría cuál, ni por qué esa, ni cómo decir que no a otra que, por desconocidas evidencias, me parecía no ser la indicada.

* Publicado en *La Isla blanca*, Lectorum, México, 1998.

** Nacida en la Ciudad de México en 1955, Mónica Lavín es cuentista y novelista. Ha publicado alrededor de quince libros, y ha obtenido el Premio Nacional Gilberto Owen y el Premio de Narrativa Colima para Obra Publicada. Pertenece al SNCA. Su más reciente título es *Yo, la peor* (2009).

Asentí, dejándome guiar hacia los portales entre letras inglesas, helvéticas, romanas y las voces invitándome a confiar en su trabajo, hasta una puerta pequeña.

Me incomodó el ruido de la puerta metálica que el hombre cerró a mis espaldas y la oscuridad de la escalera por la cual subimos a un primer piso. Caminé segura. Debía aparentar ser una conocedora del mercadeo de estos trabajos para que el vendedor no se aprovechara de mi inexperiencia y abusara en el trato. Desembocamos en un salón apenas iluminado por una ventana alta y larga, que tenía una pared forrada de papel azul, un banco alto frente a ella y un pedazo de alfombra roja que dejaba al descubierto la duela gastada.

El hombre indicó que me sentara en el banco y desapareció en el cuarto contiguo desde donde encendió una luz. Salió después de haberse colocado unos guantes de cirujano y se acercó calmando mi expectación.

—¿Qué tipo de impresión?

—Pues verá, es muy personal.

—Comprendo, tengo lo indicado.

Y volvió a desaparecer en el cuartito para salir de nuevo con un prensapapeles de madera. De pie frente a mí preguntó.

—¿Algún padecimiento cardíaco?

—No —contesté cortada.

—Firme esta hoja, pues en caso de algún desafortunado percance no nos hacemos responsables.

—¿Cómo que no se hacen responsables? Si ustedes son los que realizarán el trabajo.

—Miré, si no está de acuerdo... —dijo con ademán de quitarse uno de aquellos desagradables guantes.

—Está bien —accedí evitando mostrar mi ingenuidad en el asunto—. ¿Dónde firmo? ¿Pero estará el trabajo a tiempo?

—Enseguida.

—Espere —dije y extendí el papel con el texto aprisionado entre mis manos. Pero el hombre ya había desaparecido de nuevo en la minúscula habitación después de haber dado un tirón al cable de las cortinas que bloquearon la escasa luz de la ventana. Me sujeté del banco con fuerza.

Se escuchó una música lejana, mal grabada, de circo pobre y salió el mismo hombre ostentando una masa roja que goteaba un líquido sanguinolento. Una luz de seguidor apuntó a las manos del hombre que se acercaba levantando un corazón inmenso y mal oliente. Aún latía. Me tapé la boca y volteé la cara. El hombre lo acercó aún más y esparció un olor a sanguaza y éter. Antes de que yo protestara, salió un enano desnudo con un sexo tan largo, y unas piernas tan cortas y arqueadas que parecía estar a punto de raspar el piso. Me miró desplegado una boca carnosa y húmeda y tomó su sexo orgulloso. Avanzaba dando pequeños saltos al tiempo que se masturbaba con los ojos descentrados. No podía dejar de ver aquel falo enorme y brillante, creciendo entre sus manos infantiles y regordetas. Avergonzada percibí la humedad de mi entrepierna. Quise tocarme, apretar el pubis y pedir piedad. Pero en seguida, y de perfil, el enano eyaculó un chisguete de esperma capaz de generar hombres normales e incluso gigantes. Se alejó riéndose.

Salió un gato, cojo, enjuto y de pelambre disparejo y pasó la lengua sedienta por el semen fresco. Sentí deseos de compartirlo con el gato, de palpar su viscosidad, estirarlo entre los dedos para formar una columna y descubrir su límite. El gato viejo me miró y, triunfante, se trepó a mi regazo y estiró su lomo para pasar esa misma lengua impregnada con semen de enano por mi rostro.

Se oyó un chasquido, el gato salió disparado, la luz del seguidor que había acompañado los movimientos del felino

y del enano se apagó. Entonces apareció el hombre y dio un tirón al cable de las cortinas, llenando de sol la habitación. Me extendió un recibo. Todavía absorta leí la cantidad y extraje de mi monedero lo indicado.

El hombre me acompañó solícito por la misma escalera oscura hasta la puerta. Al abrirla, entraron de golpe la luz del día y el sonido mecánico de las prensas.

—Bueno, ¿y qué le pareció la impresión? —preguntó sonriente.

Cerró la puerta sin esperar respuesta. Al cruzar la plaza, arrojé el papel que aún tenía entre las manos al bote de basura.

LA CIUDAD INTERMINABLE

José Luis Velarde*

Los guerreros aztecas giran en la explanada y el teponaztli resuena en la profundidad de las escaleras que descienden frente a Palacio Nacional, en la Ciudad de México. Son muchos los transeúntes que apresuran los pasos hasta esfumarse bajo tierra. Les urge tomar el metro subterráneo y no pueden retrasarse. Algunos esquivan con disgusto a un niño que sube hacia la luz grisácea. A nadie le preocupa que Luis vaya solo y no aparente tener más de ocho años de edad. También ignoran que el paseo del pequeño inició en la estación Pino Suárez y que le gusta caminar por el túnel que conduce a la terminal del Zócalo. Algunas tardes invernales lo han visto deambular por la Merced, entre vendedores ambulantes y chalanes apurados con la entrega de frutas y legumbres. Hay ocasiones en que el niño desciende

* Nacido en Ciudad Victoria, Tamaulipas, en 1956, José Luis Velarde ha publicado seis libros. Fue coeditor de la revista *A quien corresponda* con la que obtuvo cualquier cantidad de reconocimientos. Su obra literaria (novela, cuento, poesía y ensayo) ha ganado diversos premios tanto estatales como nacionales. Su más reciente título es *Nos quedamos sin nosotros* (2004, Premio Estatal de la Literatura Juan B. Tijerina, 2002).

en la estación Allende y ciertas tardes veraniegas prefiere caminar a la plaza de la Constitución desde Chapultepec. Va de Santo Domingo al Templo Mayor sin prisa y no deja de observar las diferencias ofrecidas por cada estación del año. Luis no vacila cuando repite algún recorrido. Sabe que la hora también establece contrastes. La luz traza siluetas sobre las piedras de los edificios construidos en la colonia y en los rincones aparecen fantasmas. Recovecos oscuros que frenan el avance de la luz. Humedad que hiela los pasos. Iluminaciones que permanecen en la memoria como espejismos sobrevivientes del sol veraniego y la lluvia del otoño.

El niño se topa con el mediodía nublado y un círculo formado por danzantes ataviados como antiguos combatientes del altiplano. Un caballero águila simula emprender el vuelo cuando gira sobre sí mismo para incorporarse al círculo en movimiento. Los penachos forman franjas coloridas al desplazarse sin pausa. Luis atisba un arco iris sobre cada cabeza. Duda un segundo y luego se suma al baile conducido por los tambores y tlapitzallis que intensifican el ritmo. Imita los movimientos y pronto encuentra la cadencia necesaria para no desentonar junto a los caballeros tigre que le dejan espacio entre los relámpagos amarillos que dibujan sin cesar. Dos turistas borrachos que hablan inglés intentan seguir los pasos del grupo y los curiosos los insultan en mexicano. Una anciana los increpa con más furia que el resto de la multitud y la voz maltratada se confunde con el crepitar de los caracoles agitándose en las piernas de los danzantes.

—Pendejos, pendejos, si ni siquiera saben hablar con decencia. Cuantimás bailar con gracia. Pinches irrespetuosos de mierda.

Una turba de grillos enloquecidos.

Un tamborileo infinito como los pregoneros que ofrecen máquinas de movimiento perpetuo, tratamientos para los hongos de las uñas, historietas de Chanoc, trabajos de albañilería “a domicilio”, pan de pulque, piedras desodorantes, sandalias para los pies adoloridos, sombreros de paja sintética, relojes chinos que remedan marcas suizas y colecciones de *mangas* recién llegadas de Japón.

Luis sigue una voz quebradiza que se manifiesta en el ocaso rodeada por otro grupo de curiosos. Los clientes no reparan en la vestimenta de mala calidad ni en los zapatos consumidos del hombre que ofrece la cura para el cáncer. Pregona que las tabletas exhibidas sobre la palma de la mano encallecida contienen cartílago de tiburón, alfalfa, albahaca y aceite de oliva; productos bien combinados con la sabiduría milenaria del pueblo azteca para aliviar enfermedades orgánicas, imaginarias o espirituales.

—Y también se cura lo incurable por sólo doscientos pesos cada tableta, pero no crea que me interesa robar su dinero. Para que se lleve un tratamiento completo bastan cinco tabletas. Así que saque cuentas y descubra que conmigo es más barato curarse.

Retumban huéhuetls y teponaztlis como refuerzo del consejo recién pronunciado y se desvanecen poco a poco, mientras otros comerciantes se adentran en una danza dueña de otras reglas.

Cada producto exhibe su tonadilla particular.

Una mujer canturrea las virtudes de la papiroflexia y ofrece cien recortes para formar cien animales distintos. Monstruos de la prehistoria, habitantes de la literatura fantástica y mamíferos del siglo XIX en feliz convivencia según revelan las estampas asomadas de un cartapacio. Cien bestias para armar con unos cuantos dobleces según la letanía surgida de una garganta marchita. Áspera por repetir

sin pausa durante días incontables los textos impresos en el paquete ofrecido por cincuenta pesos.

—Basta descubrir las formas ocultas —afirma la vendedora con voz que pretende ser dulce y camina hacia el niño que sorprendido aparenta mirarla. No tanto por las quimeras ni por las palabras tan seductoras como requiere una buena venta, sino porque a espaldas de la mujer alguien se mueve despacio.

Tras el cuerpo extendido como una hoja de papel para cortar el paso del cliente emerge, como si viniera de las profundidades marinas, una muchacha de cabello húmedo. Va cubierta con una túnica blanca y el cabello lacio semeja un ser vivo al agitarse alrededor de los hombros.

Luis la compara con la imagen de la patria aparecida en los libros gratuitos que se reparten en las escuelas. Quizás ella también lo sabe y por eso viste siempre así. La joven ofrece perfumes, fragancias idénticas a las originales según afirma con voz nasal y acento parisino, mientras se desplaza ligera y los aromas que porta se imponen a los olores ácidos que arrastra la tarde ceniza.

La mano izquierda no enarbola la bandera nacional, empuja un carrito lleno de frascos de vidrio y colores que destacan sobre el fondo donde un águila devora a una serpiente.

—Cada perfume sirve para diferente propósito. Algunos enamoran, otros marcan la memoria para siempre; algunos perfumes atraen lo inesperado y no dejan recuerdo alguno en el amante ocasional. Los perfumes son mágicos. Si cada barrio y cada calle tienen olor particular, cierre los ojos, vaya al sitio preferido de su existencia y trate de identificar a las personas amadas ahora, antes y siempre mediante los interminables recuerdos de su nariz.

El niño piensa en el olor de la casa extraviada muchos años antes.

La muchacha rocía sobre él un perfume compuesto por limones verdes, moras blancas y mangos recolectados durante una tarde lluviosa.

Alrededor de Luis se levanta un jardín y, al volver el rostro a la izquierda, mira una pared de ladrillo rojo. Un perro labrador se aproxima a la carrera.

La muchacha se aleja despacio y la tarde vuelve a los olores de siempre.

Luis camina hacia el poniente y la casa apenas vislumbrada se distancia en la memoria.

Descubre un tablero de ajedrez en la cuadrícula de las piedras que recubren la plaza. Recrea los saltos del caballo. El caballo situado a la izquierda del rey blanco. Un cuadro al frente, diagonal a la izquierda. Pausa. Reconocimiento del campo de batalla. Las piezas enemigas acometen en oleadas marcadas por el desorden. Alguna que otra mantiene la posición mientras retrata la Catedral del virreinato. El pequeño nombra rey a un hombre sentado a lo lejos. Hacia él se dirige aunque avance y retroceda. Diagonal a la derecha y salto al siguiente escaque. Un hombre bajito, con rostro de peón, es eliminado del juego. Cada persona que entra a las delimitaciones establecidas se vuelve una pieza rival. Un hombre de cara larga no se inmuta cuando el niño brinca a su lado.

—Tomo caballo —grita Luis y el fallecido no entiende, pero mira al niño con curiosidad casi equina. Voltea en todas direcciones y reanuda la marcha apenas interrumpida. Se aleja sin saber que ha dejado desprotegido el centro del campo de batalla que le correspondía vigilar.

Luis se transforma en torre. Un tipo flaco y gabardina de alfil sonríe al sentir invadido su espacio. No sabe que acaba de morir. El niño pone en juego a la reina rival cuando una muchacha en minifalda se ubica en la posición

correcta. Con ella en acción los movimientos de Luis corren peligro, aunque no se acobarda. Una torre enemiga y un carromato repleto de dulces se desploman en un extremo del tablero. El niño vuelto alfil enfila en diagonal hasta chocar con la joven que lo mira rabiosa cuando escucha:

—Fuera la reina y jaque mate.

El juego termina poco antes de la calle Monte de Piedad, la misma que hacia el sur se llama Cinco de febrero y, hacia el norte, Brasil. Los nombres confunden. Los nombres duran muy poco. Cada bautizo es un intento fallido de capturar el movimiento. Automóviles de figura rechoncha sonríen desde los costados con hileras de triángulos blancos sobre fondo verde. Año tras año los vehículos fueron reduciéndose de tamaño y los cocodrilos rodantes dejaron de existir. El cielo es cada vez más oscuro y el frío desciende con las nubes. La calle es un trazo en los mapas donde no aparecen los hombres sentados en el borde del templo. En la escala reducida es imposible advertir los carteles que ofrecen los servicios de plomeros, electricistas, hojalateros, pintores de brocha gorda, enfermeras, caricaturistas y un luchador rudo dispuesto a emprender cualquier tarea de cobranza. Sobre una manta gris se amontonan libros viejos y el niño compra dos tomos de las aventuras de Julio Verne. Un peso le permite llevarse el *Viaje al centro de la Tierra* y *Viaje a la luna*, de la colección Clásicos Ilustrados.

La Catedral en silencio le provoca el deseo de introducirse a hurtadillas para comenzar a agitar las campanas aunque aún no sea la hora de llamar a los fieles. Avanza rumbo a la puerta principal y permanece frente a ella, pero del otro lado de la acera. Identifica el incienso arrasado por el viento y recuerda las lecciones de historia donde el copal acompañaba sacrificios humanos. Da un paso y retrocede de inmediato. Camina hacia el oriente y

ÍNDICE

UNA BUENA IMPRESIÓN Mónica Lavín.....	11
LA CIUDAD INTERMINABLE José Luis Velarde.....	15
OLOR A CALDO Gustavo Marcovich.....	29
SOMOS EL MISMO Manuel Lino.....	33
BAJO EL SIGNO DE LA MUERTE Fernando Ruiz Granados.....	41
EL FINAL DE LA NOVELA Eduardo Parra Ramírez.....	51
SALÓN BACH Carlos Martín Briceño.....	61
LAS SOMBRAS DE CATEDRAL Doris Camarena.....	67
ZOOLÓGICO INFRARROJO: DOS HISTORIAS DE POLLOS Valentín Chantaca González.....	77
LA NOCHE DE LA GIGANTA Herminio Martínez.....	89
EL ORGANILLERO Roberto Carrancá.....	107
SEÑALES José Luis Sandín.....	115
CORREO MAYOR Antonio Calera-Grobet.....	123
LA BELLA DEL SIGLO XX Marcial Fernández.....	137

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

libreria @ficticia.com

1. LOS MÁRTIRES DEL FREEWAY Y OTRAS HISTORIAS /2.^a ed.

Carlos Martín Briceño

2. PORTARRELATOS

José de la Colina

3. PARA / CAÍDAS

Rogelio Guedea

4. LA NOCHE ES LUZ DE UN SOL NEGRO

Edgar Omar Avilés

5. PULPO EN SU TINTA Y OTRAS FORMAS DE MORIR

Will Rodríguez

6. EL SÍNDROME DE ESQUILO

Vicente Alfonso

7. CORPUS: FICCIONES SOBRE FICCIONES

Alejandro Toledo

8. EN LA MIRADA DEL AVESTRUZ Y OTROS CUENTOS

Alejandro Estivill

9. FIN DE FIESTA Y OTRAS CELEBRACIONES

Luis Bernardo Pérez

10. ENTRE ACACIAS, VERBENAS Y ARRAYANES

Izrael Trujillo

11. EL MAGO NATURAL Y OTROS ABRACADABRAS
Rafael García Z.
12. BOXEO DE SOMBRA
Rodrigo Díez Gargari
13. ESTACIÓN CENTRAL
Antología
14. OTRA CEBOLLA DE CRISTAL
Eduardo Langagne
15. DINOSAURIOS DE PAPEL. EL CUENTO BREVÍSIMO EN MÉXICO
Javier Perucho
16. CUÉNTAME LO QUE ME PASA
Agustín del Moral Tejeda
17. CUANDO TE TOCA
Ricardo García Mainou
18. TU PÁRVULA BOCA /2.^a ed.
Ignacio Trejo Fuentes
19. EL VAQUERO MÁS AUTÉNTICO QUE EXISTIÓ /2.^a ed.
Ignacio Trejo Fuentes
20. DISPARADOS A LA LUNA
Roberto Azcorra Cámara
21. MI VIDA CON LAS MUJERES
Arturo Trejo Villafuerte
22. POLVO ROJO
Daniel Herrera

«ESTACIÓN CENTRAL BIS»

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN NOVIEMBRE DE 2009 EN LOS
TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE
C.V. FERNANDO SOLER NO.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA,
HUITZILAC, MORELOS, C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES